

Luego de muchos años de ejercicio docente, de trabajo periodístico y escritural, de incontables ocasiones de polémica por la calidad o insuficiencia de un texto y hasta de desencuentros por si un trabajo era o no un ensayo, la preparación del presente número de *Tema y Variaciones* ha sido una oportunidad para volver a la fuente original, a revisar el trabajo del creador del género, hombre que la historia ha dejado estático, confinado en su castillo o, para ser más exactos, en la torre circular en donde estaba la biblioteca —que atesoraba un millar de volúmenes, buena parte de ellos heredados de su dilecto amigo La Boétie, a quien conociera en los tempestuosos años de ejercicio de la abogacía— que lo apartaba de los trajines de la corte y de la hoguera de las vanidades. Abandonó los tribunales hastiado de toda justicia humana y, a los 38 años de edad, se retiró de la vida pública, a la trastienda de su espíritu para ser enteramente suyo. En una pared contigua a su estudio, en su lengua primera, el latín, escribió: “En el año de Cristo de 1571, a la edad de treinta y ocho años, en la vigilia de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, Miguel

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

de Montaigne, desde hace mucho tiempo hastiado ya de la esclavitud de la corte, del parlamento y de los cargos públicos, sintiéndose aún con fuerza, se retiró a un lugar apartado, para reposar en el seno de las doctas vírgenes, en la calma y la seguridad. Aquí pasará los días que le restan de vida, en este dulce retiro paterno, que espera poder llevar a su término, y que por tanto consagra a su propia libertad, tranquilidad y comodidad”.¹

En ese retiro, entre 1571 y 1592, Montaigne escribió sus tres libros de *Ensayos* con los cuales la posteridad le dio fama. Este género que Montaigne echó a rodar por el mundo ha evolucionado en cerca de 500 años y hoy día se ha investido de un ropaje y una catadura que su creador nunca le dio. Nuestros contemporáneos le exigen un rigor y una pesada carga documental que nunca pasaron por la mente de Montaigne. Porque el ensayo que hizo y nos legó es, ante todo, una lección de libertad y una invitación a ser nosotros mismos antes que lo que las academias y los censores imponen con un espíritu absolutamente antagónico al que enarbolara su creador, quien no cejaba en afirmaciones como las siguientes:

Lo que yo escribo es puramente un ensayo de mis facultades naturales, y en manera alguna de las que se adquieren; y quien me sorprenda en ignorancia no hará nada que me contrarie, pues ni yo mismo respondería a otro de mi obra que como me respondo a mí mismo. Quien busque ciencia, que la pesque donde esté; de nada hago menos profesión que de eso. Anoto en estos ensayos mis fantasías, y no trato de dar a conocer las cosas, sino a mí mismo; quizás éstas me serán algún día conocidas, o me lo fueron ya, según que la fortuna pueda llevarme a los lugares en que sean esclarecidas. Pero ya no me acuerdo. Si tengo alguna instrucción, no tengo memoria. Así, no aseguro ninguna certeza y sólo trato de asentar el punto a que llego mis conocimientos actuales...”²

¹ Diego Valeri, *Montaigne*, traductor, Bruno Jacobella, Buenos Aires, Editorial de la Universidad (Perfiles), 1944, p. 8.

² Montaigne, *Ensayos*. Selección, traducción, estudio preliminar y notas de Ezequiel Martínez Estrada, México, Jackson Editores, 1963, p. 158.

Los ensayos de Montaigne son disertaciones aladas, flexibles y eruditas que no arrastran el cepo de un aparato crítico. Son las reflexiones de un hombre sensible y experimentado que escribe con absoluta libertad, sin ceñirse a un método. Cuando titula un trabajo “Del parecido de los hijos con los padres”, comienza hablando de la enfermedad que tuvo en común con su padre —mal de piedra, o cálculos, para ser modernos— y luego se suelta escribiendo contra los médicos y alabando el saber medicinal de los pueblos. Cuando promete hablar de la experiencia, se centra en el espíritu de las leyes. De este modo, el método de Montaigne resulta de una ausencia de esquema tradicional y rígido. Va por donde lo llevan su imaginación, su gusto y su capricho; eso sí, como buen hombre del Renacimiento, guiado por los autores grecolatinos.

Entre sus lecciones más significativas tenemos algo que podríamos llamar el arte de la cita textual: “No cito lo de otros sino para expresar mejor lo que deseo decir.”³ Al hablar de los oráculos, escribe: “Notable ejemplo de la frenética curiosidad humana que se divierte en preocuparse de las cosas venideras, como si no tuviera bastante con digerir las presentes”. E inmediatamente acude a la cita brillante y expresiva (“¿Por qué, soberano maestro de los dioses, añadiste a las desdichas de los humanos esta triste inquietud? ¿Por qué hacerles conocer mediante horriblos presagios sus desastres futuros? ¡Haz que nuestros males nos tomen de improviso, que el porvenir sea desconocido para el hombre, y que éste pueda al menos esperar temblando.” Lucano, II, 4, 14.),⁴ para rematar después: “Los dioses dejan por prudencia en la oscuridad más tenebrosa los acontecimientos venideros, y se rien del mortal que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe... Sólo quien es dueño de sí mismo es feliz, sólo es dichoso quien puede decir cada día: *he vivido*, que mañana Júpiter empañe la atmósfera con tristes

³ *Ibidem*, p. 62.

⁴ *Ibidem*, p. 15.

nubes o nos conceda un día sereno. Horacio, *Odas*, III, 29 – 32 y 41 – 44”.⁵

Montaigne elige un tema pero siempre termina hablando de él mismo. Es así como reconocemos en los *Ensayos* una biografía incompleta y discontinua del autor. Retazos de una vida excepcional que le sirven para hablar de la condición humana en general y para asentar que sus primeros años los pasó entre los siervos de sus padres, entre cocineras y preceptores que, ante él, únicamente hablaban latín. Como su padre pensaba que los niños no deben ser despertados bruscamente, siempre escuchaba por las mañanas la dulce música de algún instrumento. Cuenta cómo es su castillo y cómo su biblioteca, dice que sus cualidades favoritas son la ociosidad y la independencia y que descubrió el gusto por la lectura a los seis o siete años, después de toparse con *Las metamorfosis*, de Ovidio pero, ante todo, reitera una y otra vez su falta de memoria, limitación que termina por convertir en una virtud: “Como nos enseñan casos semejantes del progreso de la naturaleza, la falta de memoria ha fortificado en mí otras cualidades a medida que ésa se debilitó [...] los lugares y libros que reveo se me ofrecen siempre como frescas novedades”.⁶

A lo largo de la escritura de sus tres libros, Montaigne no deja de reflexionar sobre su trabajo, de caracterizarlo y de reiterar, así, que él es su tema y su argumento y que no busca pasar horas amargas:

El reconocimiento de la propia ignorancia es uno de los más hermosos y seguros testimonios del juicio. No sigo otra pauta al acomodar mis ideas que el azar. A medida que mis sueños aparecen, voy amontonándolos: unas veces se me presentan apiñados, otras arrastrándose en fila. Quiero exteriorizar mi estado natural y ordinario, tan desordenado como es [...] Mi designio consiste en pasar apacible, no laboriosamente, lo que me resta de

⁵ *Ibidem*, p. 16.

⁶ *Ibidem*, pp. 11 y 12.

vida; por nada del mundo quiero romperme la cabeza [...] Sólo busco en los libros el placer de un honesto pasatiempo si alguna vez estudio, sólo busco la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, para que me enseñe a morir bien y a vivir bien [...] Si hallo dificultades al leer, no me roo las uñas; las dejo donde estaban [...] Cuando un libro me aburre tomo otro [...] Digo libremente mi opinión sobre todas las cosas, hasta las que sobrepasan mi capacidad y son ajenas a mi competencia: lo que yo opino da la medida de mi entendimiento, no la medida de las cosas...⁷

El carácter de las reflexiones de Montaigne se debe a que tiene bien aprendida la relatividad de todos los juicios y de todas las situaciones humanas. Sabe que valoramos movidos por la experiencia y las circunstancias, tal como demuestra al hablar de los hijos que, mientras para unos son motivo de dicha, otros se alegran de no tenerlos, como el mismo Montaigne. Los lectores seguimos fascinados cada línea de este autor porque entrega una biografía excepcional, sí, pero ante todo porque nos arrobamos ante las páginas de un hombre sabio. ¿Cuáles de sus miles de frases magistrales citar sin que dejemos de lado otras igualmente ejemplares? Veamos al menos dos, siendo la primera un magnífico recurso para entender los cuentos de un importante libro, *Amores de segunda mano*, de Enrique Serna:

Primera. "Como si nuestro contacto fuera infeccioso, corrompemos, al manejarlas, las cosas que por sí mismas son hermosas y buenas. Podemos practicar la virtud en tal forma que llegue a ser viciosa, si la abrazamos con deseo demasiado áspero y de violencia [...] El arquero que sobrepasa el blanco comete igual falta que el que no lo alcanza."⁸

Segunda. "Las leyes mantienen su crédito no porque sean justas sino porque son leyes. Es el fundamento místico de su autoridad; no tienen ningún otro. Que les sirva bien. Con frecuencia fueron hechas por tontos, más frecuentemente por gentes que, odiando la igualdad, les faltó la equidad..."⁹

⁷ *Ibidem*, pp. 159 y 160.

⁸ *Ibidem*, pp 92 y 93.

⁹ *Ibidem*, pp. 356 y 357.

Montaigne, hombre que al mencionar sus inclinaciones hace un retrato de su alma, sabe que no hay bien sin pena y por ello deplora que el estudio le entristeciera el cuerpo, le quitara el vigor que se va con la edad. De aquí que en el tercer libro de sus ensayos, el hombre que siempre pensó en la muerte como una posibilidad inmediata, haciéndose cargo del carácter aluvional de sus escritos, recurra a la escatología:

“¿Quién no advierte que yo he emprendido una ruta por la cual, sin tregua y sin trabajo, iré mientras haya tinta y papel en el mundo? No puedo llevar un registro de mi vida por mis acciones; la fortuna las coloca demasiado bajo; lo llevo por mis fantasías. He visto a un gentilhomme que no comunicaba su vida sino por las operaciones de su vientre; veáis en su casa, en exhibición, un orden de bacines de siete u ocho días; era su estudio, su razonamiento; todo otro tema le hedía. Aquí están, un poco más urbanamente, los excrementos de un espíritu viejo, duro a veces, a veces flojo, siempre indigesto.”¹⁰

Los *Ensayos* ostentan dos rasgos más que los singularizan. Primero, la idea que Montaigne tenía del escritor y del valor de un texto: él, que tan cuidadoso era con la manera de expresar sus ideas, dice que prefiere la virtud en la vida más que en el arte literario. Y segundo, el tópico universal de civilización y barbarie no podía ser ajeno a su pluma, sobre todo en su tiempo, el Renacimiento, cuando América se estaba revelando poco a poco a los ojos y a la inteligencia europeos: “cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres”.

Aunque no hay duda de que los *Ensayos* revelan mejor que nadie a Montaigne, contamos con un conjunto de textos que enriquecen esas reflexiones. Nada menos que el ilustre escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, en uno de esos prólogos que son verdaderos libros de un centenar de páginas, nos recuerda que la unidad de los ensayos proviene solamente de la personalidad del autor y, también, nos da un retrato de Montaigne

¹⁰ *Ibidem*, p. 303.

y una caracterización del género que creó: “Por eso es difícil desentrañar en su obra la invención, el descubrimiento y el plagio. Por lo demás, ya había él emitido su teoría molieresca y shakespeariana de que cada cual debe tomar su bien donde lo encuentre. Doctrina de piratas al mismo tiempo que de poetas.”¹¹

Los ensayos que conozco sobre Montaigne, desde el aquí citado de Ezequiel Martínez Estrada hasta el de Juan José Arreola que precede la edición de la Biblioteca del Estudiante Universitario (UNAM, 1969) están destinados a ser glosas de lo que tan eficaz y reiteradamente expuso Montaigne en sus tres libros. Poco es lo que sus estudiosos han podido decir que no estuviese ya expresado en los ensayos mismos. Diego Valery, aunque no es la excepción, nos ilumina cuando dice que “La novedad, la originalidad de Montaigne se halla justamente en esto: en que no sale, y no quiere salir, de la medida moral común, y sin embargo, por la potencia de su análisis —vale decir, en cuanto sabe captar ciertas verdades humanas que, por ser de muchos o de todos, no cesan de ser oscuras y tremendas, y que ninguno había sabido ver nítidamente antes que él—; por la potencia de su análisis, decimos, se granjea sitio aparte, y altísimo, en la literatura de su tiempo y de todos los tiempos, de su nación y de todo el mundo, y se convierte en Montaigne”.¹² Ésta es una caracterización erudita porque entre sus contemporáneos pasó por un hombre culto y rico, buen católico y dueño de vasta experiencia. Si nos atenemos a su fisonomía debemos recordar que su aspecto de hombre sereno y noble le valió la consideración de sus vecinos y hasta de los ladrones, que entraron a robar en su castillo y se retiraron sin tocar nada ante la franca y cordial recepción que les brindó el anfitrión. Su rostro apacible hizo también que una banda de ladrones, en un bosque, le devolviera lo que ya le habían quitado.

¹¹ *Ibidem*, p. L.

¹² Diego Valery, *opus cit.*, pp. 24 y 25.

Concluyo con una referencia al estudio en que Peter Burke analiza las diferentes facetas de la persona y la obra de Montaigne. Particular interés merece la arista del psicólogo que prefiere la biografía a la historia, porque aquélla muestra personas y ésta cosas; la biografía suele destacar detalles triviales que, según Montaigne, son más expresivos que los momentos triviales. Si a estas alturas algún elogio podemos hacer todavía a nuestro autor es el que le prodiga Burke en el comienzo de su libro:

Como Shakespeare, Montaigne es, en cierto sentido, contemporáneo nuestro. Pocos escritores del siglo dieciséis son más fáciles de leer hoy, ni nos hablan tan directa e inmediatamente como él. Es difícil no apreciar a Montaigne, y casi igual de difícil no tratarlo como a uno de nosotros. Antes de la Ilustración fue un crítico de la autoridad intelectual; antes del psicoanálisis, un frío observador de la sexualidad humana; y antes del nacimiento de la antropología social, un estudioso desapasionado de otras culturas.¹³

Y para cometer desacato al espíritu original de los *Ensayos*, he aquí la consignación puntual, editorial y académicamente hablando, de unas fuentes de consulta. Este hecho permite entender que si bien Montaigne dio su magistral lección en el Renacimiento, los años y las academias la han investido con nuevos y adicionales rasgos, que no le quitan un ápice de su libertad, sino la hacen más útil para sus discípulos y lectores.

FUENTES DE CONSULTA

ARREOLA, Juan José, prólogo a los *Ensayos*, de Montaigne, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1959.

BURKE, Peter, *Montaigne*, traducción de Vidal Peña, Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo, núm. 1117), 1985.

¹³ Peter Burke, *Montaigne*, traducción de Vidal Peña, Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo, núm. 1117), 1985.

MONTAIGNE, *Ensayos*. Selección, traducción, estudio preliminar y notas de Ezequiel Martínez Estrada, México, Jackson Editores, 1963.

VALERI, Diego, *Montaigne*, traducción de Bruno Jacobella, Buenos Aires, Editorial de la Universidad (Perfiles), 1944.